

# El arte en la paja toquilla



Una mañana de verano, con los primeros rayos del sol despertando en un pueblo de Bajo Piura llamado San Pablo, María levantaba a Joel para que le ayude con los quehaceres de la casa.

—Vamos, hijito, arriba. Tenemos que avanzar. Recuerda que anoche avisaron por la emisora que hoy llegarían los voluntarios a brindarles charlas a los niños.

—¡Buenos días, mamá! —dijo Joel, y continuó—. No te preocupes, le daré de comer a los animalitos rapidito para llegar puntuales a la charla.

María y Joel se fueron juntos, de la mano. Los niños contentos saludaban al grupo de voluntarios, entre ellos: Adriano y Gabriela, de Brasil; e Irene y Eva, de España. Los niños empezaron a recibir sus charlas mientras María regresaba a su casa a tejer, ya que se dedicaba a elaborar tejidos hechos a mano en fibra vegetal paja toquilla; tales como: sombreros, bolsos, aretes, flores artificiales, paneras...

Los voluntarios preguntaron a los pequeños:

—Niños, ¿qué es lo que más caracteriza a su pueblo?

Y todos en conjunto respondieron:

—¡El arte en la paja toquilla, señorita!

—¡Oh! ¿y qué es eso? —replicó Gabriela, un poco avergonzada.

—Señorita, son tejidos artesanales muy hermosos que confeccionan algunas de nuestras madres para venderlos y ayudar en los gastos de la casa —dijo Joel.

—Guau —exclamó Adriano—, sería bueno conocer eso.

—Claro que sí —dijo Eva, y un niño respondió:

—La mamá de Joel teje en paja toquilla. ¿Por qué no los llevamos a tu casa, Joel?

—Para mí sería un gusto.

Entonces, tanto los voluntarios como los niños caminaron a la casa de María. ¡Tum, tum!, sonó la puerta.

—Ya va —se escuchó una voz a lo lejos, desde el interior. Al verlos, María dijo asombrada—. Hola, ¿cómo puedo ayudarlos?

—Queremos que nos cuentes sobre la paja toquilla —se adelantó Eva—. Los niños dicen que tú sabes mucho de ello.

—Adelante, ya les explico.

Al entrar, unánimemente se asombraron de todo lo que veían. Y María empezó a explicarles:

—Todo esto lo hago a mano y en fibra vegetal paja toquilla; lo tenemos en colores, en diferentes modelos y tamaños, al gusto del cliente.

—¿Y cómo nació esta pasión en usted, María?







An illustration on the left side of the page shows a pair of hands at the top, with fingers slightly curled. Below the hands is a wooden structure, likely a mold for weaving hats, with a flat top surface and a curved side. The background is a light blue gradient.

—Irene, bueno, esto se transmite de generación en generación, desde los ancestros, y antes tejían juntos hombres y mujeres. Desde los 7 años ellos empezaban a tejer, me contaba mi mamá, y tendían en el suelo una manta de saco y una tela encima, y allí se sentaban a tejer los sombreros y cuando los vendían compraban comida para la semana. Los sombreros se vendían entre 8 y 10 soles, y eso era plata, ya que antes todo era más barato, en cambio ahora... señorita, ya no alcanza —continuó María—. Yo aprendí este arte porque mi abuelita le enseñó a mi mamá y a mis tías, y así nos transmitimos conocimientos ancestrales unos a otros, para no perder nuestra costumbre del tejido; mi mamá me enseñó a mí y ahora ya tejo todo tipo de artesanía. Cada vez vamos innovando más, según la moda.

—Excelente, María —mencionó Irene, emocionada—. Entonces esto es una costumbre.

—Sí.

—¿Y de dónde sacan la paja? —preguntó Eva.

—Nace en las partes montañosas de nuestra sierra piurana; la reconocemos porque se parece a una palmera. Luego se procesa para transformarla en moños, como ven aquí —continuó María, señalando un cordel con pajas tendidas— y lo pintamos en una olla para que quede de colores.

—Excelente explicación —dijo Adriano.

—Gracias —le respondió María—. Ahora les diré para qué sirven estos moldes de madera y cómo se teje un sombrero. Primero escogemos nuestra paja según el modelo que vamos a tejer (grueso, fino o delgado), luego la remoja y empezamos con 8 pares, tejiendo de arriba hacia abajo y luego en sentido contrario, hasta armar nuestra corona. Después aumentamos pajas hasta formar la copa, y una vez con la copa lista, introducimos el sombrero en este molde de madera para que le dé la forma que necesitamos. Por último, tejemos la falda o ala y rematamos. Una vez hecho esto, lavamos, sahumamos y planchamos.

Tras una pausa, María continuó:

—Este proceso es indispensable para que queden así de hermosos como estos —y mientras hablaba, sacaba unos bellos sombreros de hombre y de mujer de una caja de cartón donde acostumbra guardarlos para que no se ensucien.

—Guau, nos has dejado sin palabras, María. Te felicito —dijo Gabriela, despertando una sonrisa en María.

Adriano, de pronto, reflexionó en voz alta:

—Vinimos desde tan lejos a brindar talleres sobre el *bullying*, sin imaginar que nos iríamos conociendo todo esto.

Ante lo cual, María se despidió dirigiéndose a los voluntarios:

—Gracias por pensar en los niños. Para mí fue un honor haberles compartido mi historia, y le doy gracias a Dios por haberme regalado este arte que llevo dentro. Con mis productos demuestro mi arte, talento y creatividad, y a la vez enseño a las personas un poquito de la tradición, historia y cultura de mi pueblo y región.

Y así fue como Adriano, Gabriela, Irene y Eva llegaron a conocer las artesanías en paja toquilla. Como un recuerdo del Bajo Piura, ellos le compraron algunas artesanías a María para regalar a sus familias. Ella se puso muy feliz, ya que confiaba en que pequeños pasos como el de ese día le permitirían a su arte cruzar nuevas fronteras.



